

DON QUIJOTE: *ALTER EGO* CALSINIANO

Don Quijote fue un tema recurrente en la producción de Ramon Calsina. Mucho antes de que llegaran las litografías de 1958 o las ilustraciones de la edición de Nauta de 1967 –conjuntos en los que se centra esta exposición–, Calsina ya se había aproximado al *Quijote* y había convertido al caballero de La Mancha en un símbolo más de su propio imaginario. Ejemplos de ello son los lienzos *Don Quijote en su biblioteca* (1951) o *Alucinaciones* (1934), en el que observamos una excelente síntesis de su imaginario. Otro precedente es su participación en la ilustración de un monumental *Quijote* manuscrito que impulsaron el político y empresario Pío Cabañas Font y Juan Sedó Peris-Mencheta; el manuscrito, cuyo original conserva la Biblioteca Nacional de España, quedó inconcluso en 1936 por el inicio de la Guerra Civil.

No es de extrañar que Calsina encontrara en el *Quijote* un espejo en el que mirarse. Los ojos de Calsina, como los del caballero, saben ver más allá de la realidad, saben mostrarnos el idealismo al que el ser humano puede aspirar incluso desde espacios tan inhóspitos, proletarios y áridos para la fantasía como pueden parecer, en principio, su Poblenou o La Mancha. Gracias a esta capacidad para ver más allá, esa realidad se torna esperanzadora y la vida, pese a sus embistes, se hace más llevadera. Esta identificación entre pintor y personaje está en la base de cuanta representación quijotesca salió del pincel de Calsina.

El álbum de *Veinte litografías sobre temas del Quijote* (1958), con prólogo del cervantista Luis Astrana Marín, es un auténtico hito como publicación, una obra de arte en sí misma. La editorial, Osa Menor, se encargó de producir una absoluta pieza de bibliofilia que aún hoy nos sorprende por la calidad de su papel, la limpieza de su impresión, la perfección técnica de la reproducción litográfica, el diseño de la tipografía, etc. De todo ello dio buena cuenta Juan Cortés en su conferencia de 1959, exaltando la necesidad de que el libro, como continente material, esté a la altura de la calidad espiritual de su contenido.

Años después, en 1967, la Editorial Nauta, a instancias del escritor, pintor y bibliófilo Jaume Pla i Pallejà, ofreció a Calsina la oportunidad de dar rienda suelta a todo su potencial gráfico ilustrando de manera extensa la novela de Cervantes. Se trata de un total de 124 dibujos que amplían la lectura cómica, satírica, social y, ante todo, empática de Calsina con respecto a don Quijote. “Se puede decir –dice Pla– que el artista se ha metido dentro del protagonista y ha intentado –y conseguido– ver las cosas como las vio el insigne manchego Alonso Quijano”.

Pla, en los apuntes “Ramón Calsina, ilustrador” que abren la edición, justifica su elección situándolo a la altura de artistas como Gustave Doré, Urrabieta Vierge o Alexandre Alexeieff. De Calsina nos dice que cuenta con “el punto justo de orate necesario para evitar el peligro de la vulgaridad”, además de con una personalidad “controlada por una viva inteligencia y por una forma de expresión absolutamente realista”; es decir, un equilibrio entre fantasía (locura) y realismo que le permitía empatizar a la perfección con la novela cervantina. Son estas las herramientas de nuestro pintor para expresar su peculiar sentido del humor, su ironía, semejante a la de Cervantes. Una ironía que, en ambos casos, surge de la necesidad de enfrentarse a los contratiempos, a las adversidades, mediante la armadura de la risa.